

635

EL PRINCIPIO DE ESCRIBIR

TERCER CONCURSO DE POESÍA, CUENTO E HISTORIETA
UAM-AZCAPOTZALCO



EL PRINCIPIO DE ESCRIBIR

EMPEZAR POR EL PRINCIPIO

EL PRINCIPIO DE ESCRIBIR

TERCER CONCURSO
DE POESÍA, CUENTO E HISTORIETA
UAM-AZCAPOTZALCO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

Dr. Luis Mier y Terán Casanueva
RECTOR GENERAL

Dr. Ricardo Solís Rosales
SECRETARIO GENERAL

UNIDAD AZCAPOTZALCO

Mtro. Víctor Manuel Sosa Godínez
RECTOR

Mtro. Cristian Eduardo Leriche Guzmán
SECRETARIO

Mtra. María Aguirre Tamez
COORDINADORA GENERAL DE DESARROLLO ACADÉMICO

DCG. Ma. Teresa Olalde Ramos
COORDINADORA DE EXTENSIÓN UNIVERSITARIA

DCG. Silvia Guzmán Bofill
JEFA DE LA SECCIÓN DE PRODUCCIÓN Y DISTRIBUCIÓN EDITORIALES

Primera edición, 2002

D.R.© 2002 Universidad Autónoma Metropolitana

Unidad Azcapotzalco

Av. San Pablo 180, Col. Reynosa Tamaulipas

C. P. 02200, México, D. F.

e.mail: secedi@correo.azc.uam.mx

Fotografía de portada: ©Josefina Rodríguez Marxuach. *Sueño en fuga*, 1996.

Diseño: no pase. Eugenia Herrera • Israel Ayala

ISBN 970-31-0076-7

Impreso en México/Printed in Mexico

PRÓLOGO

CON LA PRESENTE entrega llegamos a la tercera versión del concurso de cuento y poesía promovido por la Coordinación de Extensión Universitaria de la UAM Azcapotzalco. Aunque no contamos con una licenciatura en letras, el interés por el concurso ha sido manifiesto pero, además, no debemos olvidar que la mayoría de los escritores no han salido de las aulas universitarias. Si artistas como Mario Vargas Llosa, Luis Rafael Sánchez o Vicente Quirarte ostentan grados de doctores en letras, no ha sido siempre así. Tenemos ingenieros como Vicente Leñero y Hernán Lara Zavala, médicos como Louis Ferdinand Céline y Juan Vicente Melo y abogados como Carlos Fuentes y Alfonso Reyes. Como la lista de autores autodidactas resultaría interminable, anotemos en su representación a José Revueltas y Ezequiel Martínez Estrada.

Si entre la planta docente de profesores de la unidad Azcapotzalco ya contamos con escritores reconocidos dentro y fuera del país, como Severino Salazar y Miguel Ángel Flores, están surgiendo los escritores de nuestra Especialización en Literatura Mexicana del Siglo XX. Sin que esto signifique que se halla hecho totalmente durante sus estudios de posgrado en nuestra unidad, hay que apuntar que Daniel Téllez, egresado hace un par de años, ganó en el año 2000 el premio nacional de Poesía David Huerta.

Todos sabemos que los tiempos del escritor son muy distintos de los requeridos en otras actividades. Las ideas, la imaginación y la escritura requieren largos y

concentrados años de aprendizaje. De ahí que concursos como el presente estimulen los inicios del trabajo que llevará años de estudio y experiencia vital. José Alberto Escorcía, uno de los ganadores del concurso correspondiente al año pasado, ilustraba muy bien las carencias y las ilusiones que llevan a los jóvenes al encuentro de la poesía:

*De inventario
salen una caja
con algún pantalón
y dos
playeras grises,
una grabadora,
desodorante...
una cobija mía
y otra prestada,
el cepillo
de dientes
y mis poemas,
y mis ideas.*

*No hay dinero
y sí un poquito
de hambre.*

*Tengo una ventana
y una mochila
que saldría dispuesta
—si se puede—
hasta el Iguazú
o Cabo de Hornos.*

*Un día iré a
La Habana,
un día...*

*Un día
habrá menos de qué
preocuparse,
habrá días en que
ya no insulte
a los tecnócratas
pues no estarán.*

*Habrà un día
en que te vea
cuando me veas
donde quiero hacerlo.*

*Tengo cinco casetes,
cuatro compactos
y un buen de hojas
y tinta pa' seguir.
De algo sirven
las carencias
y el desamor:
para alimentarme
de poesía.*

Los trabajos reunidos en el presente volumen son una muestra de los intereses tan diversos de nuestros estudiantes. Adolfo Vergara Trujillo, quien se mueve con la misma destreza en el cuento y en la poesía, tal y como queda manifiesto por su triunfo en ambas ramas, escucha las voces no sólo de los escritores de nuestro

tiempo, sino de todos los medios que conforman a los jóvenes de nuestro días. Juan Orlando Pineda es una muestra de que los valores tradicionales y la cultura nacional siempre tendrán cultivadores aún entre los jóvenes sometidos a las más fuertes rachas de los medios de comunicación masiva. Por su parte, Guillermo Licona rinde tributo a las angustias del hombre de hoy, a los medios difusos y a los acosos kafkianos que sufre el hombre solitario y habitante de las grandes urbes.

VICENTE FRANCISCO TORRES

P O E S Í A

Física general
Cinco casos de estudio

PRIMER LUGAR

ADOLFO VERGARA TRUJILLO
(ECONOMÍA, CSH)

CASO UNO:
EFECTO ZEEMAN

para la miss de Inglés

luz y agua y se crean colores
líneas espectrales
en arco iris
me ponee feliz

pero, ¿y qué eres tú?
¿agua?
¿luz?
debes ser sol,
imán,
el más grande
porque me haces girar en torno
tuyo y brillar
te miro y me miras y
me sonríes y te vas
me dejas atrás con el impulso en
la boca
sin dar tiempo a que los colores
se atrevan

es lo malo de que seas núcleo
imantado:
me atraes y te sigo y te persigo
pero sólo en órbita
y nunca te puedo alcanzar.

CASO DOS:
EFECTO JOULES-THOMPSON

ayer
después de muchos días, saqué una
coca-cola del
congelador.
me intrigó su ilógica liquidez
era oscura y cuando la destapé
un horror del diablo
me poseyó
botó la tapa y entraron las
magias, adiabáticas
y negras
y en un instante se petrificó.
me azotaron las tristezas con sus
látigos de lucidez
y entonces supe lo que debía
hacer.
hoy voy a ir a comprar
un destapador
uno de corazones para destapar
el tuyo
líquido a mis ojos de amor

para que en un instante vea
petrificarse
las moléculas de tu
alma
y en un instante escucharte decir
adiós.

CASO TRES:
PROBABILIDADES *Et* POSIBILIDADES

te he visto dos veces
y dos veces
me ha parecido que tus rizos
 homicidas vuelan a
 mi cuello como la
 más merecida horca
que los dientes níveos y afilados
 y enfilados de tu
 sonrisa endiablada
 me muerden la carne
que tu mirada amielada y
 azucarada y
 perversa hincha mis
 pies de cemento
 hasta hacerme
 reventar

te he visto dos veces,
y dos veces lo de adentro se me
 ha sumido más
 adentro
y lo de afuera te aleja muy lento

haciendo cuentas,
la probabilidad de que me mates
 mañana
o pasado
o cuando ocurra la tercera-
 vencida
es de 1 en 1
la probabilidad de que siquiera
 te des cuenta,
es de 0 en 1...

lo triste es que la
posibilidad de
que me ames no
existe.

CASO CUATRO:
FUERZA DE CORIOLIS

dicen que en argentina
cuando tiras de la cadena después
de orinar,
el remolino de agua en la taza
gira a la
izquierda...
me pregunto si esa fuerza
gobernará también
los corazones y sus
polos

¿y si ahora estuviéramos allá,
juntos...
el espiral de tus cabellos
también giraría a
la izquierda,
y el espiral de tus ojos giraría
a mí?

CASO CINCO:
RADIACIÓN DE CHERENKOV

y al doblar una esquina
me miraste
y todo se nubló
penumbra clara
estado de coma
oscuridad color blanco cegador
cuando te mueres, ¿qué es lo que
ves?

¿me morí?
¿me mataste?
el cochino mundo
un instante después me golpeó;
reviví
pero ya habías pasado
y no supe lo que me hiciste;

sé que soy
que fui
y que no me destruiste
no sé más...
¿me creaste?

¿o me transformaste?
¿me transformaste a ti?

si supieras cómo destellas (me
sentí estúpido por
no hablarte)
me di vuelta y te seguí...
me sentí estúpido por seguirte,
pero, ¿y no seguirte qué hubiera
sido?
de cualquier modo no te alcancé.
seguí tu estela
pero habías entrado al *tocador* y
sabía que
tardarías.
esa noche habría luna llena...

sabía que tú y la luna
y las mareas
estaban
terminando su
vuelta.

C U E N T O

El señor Espanto

PRIMER LUGAR

ADOLFO VERGARA TRUJILLO
(ECONOMÍA, CSH)

EL SEÑOR ESPANTO

A lo primero que le tuve miedo en la vida fue a Dios.

Aunque aún era muy niño y no tenía la capacidad de abstracción de una anciana perturbada por sus remordimientos, nació en mí una sensación intuitiva y perversa; un sentimiento similar al que se experimenta ante la advertencia de no jugar con fuego, pero que se entiende sólo hasta que te quemas.

Y el día que las llamas me besaron, arrugando mi piel con sus lenguas, llegó. Sucedió cuando miré de frente un maniquí de Jesucristo. El muñeco estaba agresivamente vestido con una túnica de color púrpura y repleto de esos colgijes que los católicos llaman *milagritos*; estaba acostado en un féretro de cristal, con los ojos cerrados, muerto, y la corona de espinas encajada en las sienes hacía que la sangre le escurriera por el cuello.

Yo tenía seis años de edad y la nana me sujetaba muy fuerte de la mano, obligándome a mirarle el rostro y a rezarle un Padrenuestro. Lo que más me impresionó de toda aquella cruda composición fue su grotesco cabello y sus barbas de peluche. Eso hizo que pensara que en realidad era un hombre; un hombre muerto.

Desde esa noche tuve miedo.

Y el miedo, como reacción natural de los seres vivos ante el peligro, expreso o latente, no es sano ni racional en la protección de una cálida cama.

Entonces la nana me ordenó que rezara más.

Así, tuve la obligación de rezar todas las noches. Lo hacía antes de dormir, con la lámpara de la mesa de noche encendida, hincado sobre la cama y con los ojos cerrados ante el crucifijo de la pared.

Pasaron los días y las semanas, y ante la inutilidad de conjurar el miedo con las oraciones, me refugiaba en mis libros de leyendas de caballeros y dragones, o prefería permanecer con aquel terror que me arrullaba bajo las cobijas hasta que quedaba dormido. Sí: me dormía omitiendo encomendar mi alma a Dios, en caso de que esa noche el demonio decidiese arrastrarme de los cabellos; y lo omitía conscientemente, sabedor de la incertidumbre que me aguardaba en la oscuridad, y comprobaba, con un saber agridulce en la boca, cuánto tiempo aguantaría ese miedo incrementado por la culpa. Después, sólo rezaba cuando escuchaba a la nana acercarse arrastrando su cojera por el pasillo.

Recuerdo una noche en que, después de leer sobre la muerte del Príncipe Bramante, apagué la luz y me acosté sin rezar. El miedo apenas comenzaba a acomodarse a mi lado, cuando escuché venir a la anciana. Me incorporé rápidamente, pero ante su cercanía comprendí que era imposible prender la luz sin que me

descubriera. Cuando la nana abrió la puerta del cuarto, yo fingía ir a la mitad de un Avemaría.

—¡Muchacho! —gritó asustada— ¡Prende la luz! ¡Prende la luz, que le estás rezando al diablo!

Encendí la lámpara de inmediato y me tapé con las cobijas hasta la nariz.

Me encontraba horrorizado.

La nana comenzó a pasearse por toda la habitación, nerviosa y muy preocupada.

Para mí era un hecho: estaba perdido. Imaginaba que mi Dios, celoso, me asesinaría en venganza y que Satán, impulsado por sus enormes alas verdes y escamosas, despellejaría mi alma con sus garras a través de las tinieblas del Hades, como a un durazno podrido, para luego hundirme una y otra vez en un inmenso estanque de sal.

Esa noche, la peor de mi vida, la nana me veló hasta el amanecer.

Desde esa ocasión, poco a poco, el miedo fue creciendo en mí, igual que las uñas. Y la oscuridad me presentó ruidos y sombras que, acangrejados, escalaban las paredes y los techos. Aquello llegó a tal punto que, incluso de día, sentía cómo me observaban desde alguna esquina o detrás de un árbol, para esconderse en cuanto volteaba.

Y un día caluroso, uno de esos donde el aire es como vapor y nubla las visiones, transformándolas, desfigurándolas, descuartizándolas de tal modo que parece

anunciar que el infierno emergerá, me encontraba jugando en la pila del lavadero. Me divertía extendiendo la palma de la mano y azotando el agua, aliviándome un poco el calor cada vez que me salpicaba la cara. Luego, hipnotizado, miraba el agua violentada por el golpe y que poco a poco recobraba la calma; veía cómo se formaba mi rostro en el reflejo sólo para hacerlo estallar otra vez: ¡PLAP!

Llevaba buen rato en el juego, cuando me acerqué un poco más para ver aparecer mis ojos, yendo y viniendo en la marea del pequeño estanque. Entonces, detrás de mi reflejo, apareció.

Me volví al instante y no había nadie. Pero regresé la mirada al agua y ahí estaba otra vez

—¿Me tienes? —preguntó.

Las piernas se me paralizaron.

Comencé a llamar a la anciana y aunque no podía escuchar mis propios gritos, sabía que lo hacía. Cerré los ojos y cuando los abrí, estaba tirado en los brazos de la nana, quien me soplabla la cara. Recuerdo que la miré, horrorizado, y vi su rostro tan perfectamente arrugado como si un soplete le hubiera hecho aquellos surcos con una simetría demoniaca.

Sus ojos estaban muy cerca de los míos, y reaccioné sólo hasta que me dio una bofetada.

Estuve mal varias semanas. Muy nervioso.

Por más que rezaba, el miedo se mantenía y hasta parecía cobrar fuerza con cada solemne Amén. Aparecía de repente en cualquier parte. Lo mismo en el espejo del baño que en el cristal de un auto que lentamente cruzaba ante mí, o en el reflejo del maldito monitor de televisión.

Y una tarde en que miraba la vida sin miedos por la ventana, una tarde a esa hora extraña en la que por mucho tiempo no es de día ni es de noche, lo miré una vez más detrás de mí. No sé por qué, pero no voltee a verlo y permanecí de espaldas, viéndolo de frente en el reflejo.

Es muy alto y de cabellos rojos hasta los hombros. Aunque no tiene cara, siempre viste de negro; un riguroso luto, muy elegante, que hace resaltar el contorno de su rostro.

Nunca he visto sus enormes manos desnudas: usa unos guantes de piel hasta en los días más soleados; y su capa también es negra y aún no he podido levantar su espada de plata.

Aquella vez me contó una historia sorprendente acerca del valor. Y cuando quité la vista de su reflejo y la posé en él, siguió ahí hasta muy tarde.

Así fue como se presentó. El señor Espanto. El último de los burgundios.

Cuando se fue ya era muy noche, y antes de despedirse lo afirmó:

—Me tienes.

Desde entonces el miedo desapareció.

Pasaron las noches, y el señor Espanto acudía siempre que algo me asustaba. Cuando traté de hablarle a la nana de él, se le iluminó el rostro a la vieja, sus ojos le brillaron y dijo:

—¡M'ijo! ¡Es tu Ángel Guardián! —luego me dio la espalda y caminando despacio se alejó. Pero de pronto se detuvo y volteó muy consternada. De lejos me gritó:

—¡Oye! ¿Y cuál es su nombre? ¿Su nombre de pila?

—No lo sé, nana —contesté—. No le he preguntado.

—Asegúrate de ponerle uno cristiano —dijo— y se fue.

Con esa duda, le pregunté al señor Espanto acerca de su nombre. Dijo que se lo había ganado en la XIII cruzada contra los moros, quienes lo vieron aparecer en una escarpada colina de roca, a contraluz de un sol que agonizaba en tonos rosas, blandiendo su espada de plata que reflejaba un rojo cegador. Los moros pensaron que era una aparición y huyeron gritando "¡ESPANTO! ¡ESPANTO!"

El señor Espanto está en todo lugar.

En ese entonces solía contarme historias de su país; historias de batallas y destierros; historias de poder.

No hay obligación alguna con él.

Es mi amigo.

En el colegio dejé de hablar con mis compañeros, aunque en realidad no eran muy interesantes. Por lo re-

gular estaba solo y era objeto de agresiones verbales. Pero una vez un niño alto, de pecas, un niño temido y con cara de trastornado, me golpeó; y no pude responder a la agresión; no me dio tiempo: mi amigo lo pateó tan fuerte en el estómago, que aquel loco se revolcó hasta la hora del recreo.

Y no sólo me defendía. También hacía mis tareas mientras yo leía sobre leyendas del Medievo. Incluso iba a misa por mí, de la mano de la nana, y como se sabía todas las oraciones de memoria, y hasta los cánticos, la vieja nunca refunfuñaba.

Y sí.

Lo recuerdo.

Recuerdo aquella tarde.

El señor Espanto aún no llegaba. El cielo se oscureció de repente y comenzó a llover muy fuerte. Me acerqué a la ventana para cazar un relámpago, contar hasta cuatro y esperar el trueno.

La nana estaba en la cocina cuando se fue la luz.

Corriendo todo el camino desde la sala, guiado por el resplandor de la flama de la estufa, llegué a ella. Estaba sentada a la mesa. Esperaba a que hirviera el agua para preparar su café con leche.

Me senté frente a ella, experimentando miedo después de mucho tiempo.

La nana prendió una vela sin alzar la vista, pero me preguntó si quería algo de merendar. Dije que no y le

2893553

miré la cara por un momento. Entonces, con los reflejos de la flama en su rostro, comencé a distinguir distorsiones. Logré ver un vikingo, un guerrero zulú y un *sherpa*.

Luego, justo antes de que el agua hirviera, con todo absolutamente en silencio, comencé a oír el contraer del viejo aluminio de la olla en el fuego y el rebullir del agua. Debí sobresaltarme mucho, porque la nana preguntó si me ocurría algo.

—Ese ruido... —dije.

—No lo escuches. Mejor vete.

—Me da miedo estar a oscuras.

—Mejor vete...

—¿Por qué? —pregunté.

—Es el llanto del purgatorio.

En ese momento, junto a la nana, vi sentado al señor Espanto.

—¿Y por qué lloran, nana? —preguntó él, sin saludarme.

—Lloran por su esperanza.

—Ya está perdida.

—¡Muchacho! —gritó la vieja— ¡No es cosa de juego!

La anciana se levantó muy irritada, aunque en realidad no pude verle sus labios hacía abajo y el ceño fruncido, en una mueca de bruja medieval. Fue hasta la estufa, apagó la lumbre y vertió el agua hirviendo sobre la taza con nescafé y leche en polvo.

Regresó a su lugar y se sentó muy lentamente con la taza en la mano, arqueando las cejas hacia abajo, ahora con una cara de matriarca hindú, iluminada por la vela y por conocimientos ancestrales.

—Mis mayores decían que el hervir agua a oscuras significa escuchar los lamentos de las almas del purgatorio... —dijo solemne, mientras me veía del otro lado de la vela, guardando silencio por un momento, como esperando alguna pregunta.

—¿Y? —preguntó el señor Espanto

—Pero dejar que el agua que queda en la olla, dejar que las gotitas que no alcanzaron a llegar a la taza, se consuman en el hierro caliente, es mandar las almas más viejas, las de más tiempo y más sufrimiento, con cada crujiir, al fondo del infierno.

“INFIERNO”, retumbó en mis oídos. “INFIERNO”. Por primera vez escuchaba decir esa palabra a la nana, sin que me diera miedo: El señor Espanto estaba enfrente de mí, junto a la nana, sentado muy correctamente y muy tranquilo.

Yo estaba tranquilo.

Pero entonces, algo en la cara de la nana me desconcertó. Me miraba de una manera muy extraña, justo cuando el señor Espanto se levantaba y pasaba detrás de ella. Entonces la anciana, lentamente, paseó su vista desde mi cara hasta el señor Espanto, parado junto a la estufa.

—Bien... —dijo el burgundio, en voz baja y firme—
Mandemos unas cuantas almas al infierno...

Y encendió la estufa.

Las gotitas de agua tardaron unos segundos en comenzar a estallar y enprender su viaje sin retorno.

Aquello me dio un poco de risa. Pensé que era mucho mejor conocer una mala noticia de inmediato, a esperar la misma decisión hasta el final de los tiempos. Pensaba en aquello, en lo piadoso de la acción del señor Espanto, e incluso mantenía una sonrisa traviesa en los labios, cuando la nana regresó la mirada, igual de despacio, desde el Caballero hasta mí.

Tan sólo pestañee una vez, y ya me encontraba en el suelo, tirado, con un hilo de sangre que goteaba de mis labios. No me dolía, pero me sorprendió que a pesar de su edad, el golpe de la nana hubiera sido tan rápido. Apenas comenzaba a sentir un poco de vergüenza —pues el señor Espanto nunca había presenciado cómo me reprendía la nana—, cuando la vieja se me fue encima y comenzó a golpearme con reveses de ambas manos.

—¡Eres un demonio! —gritaba llorando, mientras me golpeaba—. ¡Eres un demonio!

Pero de pronto abrió sus ojos, como si hubiera visto un dragón que pretendiera devorarla, me miró paralizada, y por tercera vez, ahí hincada, siguió con la vista el espacio que separaba mi cara del señor Espanto. Él, caminando muy lentamente, muy gallardo, como

debieron caminar todos los de su estirpe, llegó hasta el estante de los cuchillos, desenfundó uno grueso y regresó hasta la espalda de la nana, quien ya veía al frente cual castigada por un rey, y cerró los ojos.

—Dios... —dijo.

Oí la travesía del acero por el aire.

Fue un solo movimiento.

El señor Espanto le había clavado el cuchillo en la cima del cráneo.

No escuché el crujir del hueso.

Tampoco brotó mucha sangre.

Todavía los ojos de la nana se abrieron por un segundo y alcanzaron a mirarme, aunque ya no observaban nada.

Hace casi diez años de eso.

Esa noche, no obstante los terribles truenos y que no había luz, fue muy tranquila.

El señor Espanto se acostó junto a mí y me contó una más de sus aventuras de rescates de princesas en cavernas enloquecedoras.

Conforme he crecido, el señor Espanto me ha educado como a un Vizconde, y me ha enseñado todas las cosas que, de noche, aprende de los libros que me obsequian; aunque no me dejan leer más sobre el Rey Arturo.

Así, me enseñó álgebra, historia, y a jugar ajedrez.

Por cierto, hace un tiempo, mientras jugaba una predecible partida con la subdirectora —en la que,

obviamente, yo usaba las piezas negras—, el Señor Espanto se atrevió a robar un libro del estante del consultorio. Lo leyó y estudió a escondidas durante dos meses, hasta que una mañana me dijo que no le hablará ni lo volviera a nombrar enfrente de los doctores.

Quizá nos dejen salir..

Ahora intenta enseñarme a conquistar el corazón de una doncella. Es calva, como todos; pero me atrevo a jurar que, incluso más allá de la muralla, no existe mujer más hermosa.

La leyenda de Quetzalcóatl

SEGUNDO LUGAR

JUAN ORLANDO PINEDA MARTÍNEZ

(MAESTRÍA EN INGENIERÍA AMBIENTAL)

LA LEYENDA DE QUETZALCÓATL

EL PEQUEÑO SERPIENTE

La vida transcurría en la isla de Atzala, los diversos animales crecían libremente entre verdes arbustos y pequeñas montañas. El invierno finalizaba y la primavera revitalizaba todo alrededor. El pequeño Cóatl se despertó bajo los rayos de Metz, la luna. Aquella noche sintió más frío que en otras ocasiones. Se empezaba a sentir solo.

Todavía recordaba que por la tarde, junto al río, había jugado con Papalotín, las mariposas. Cientos de ellas lo rodeaban al correr y al tirarse al suelo le cubrían el cuerpo totalmente con sus colores rojo, naranja y amarillo, y acariciaban su cara con su aleteo constante, mientras él no paraba de reír al sentir su cosquilleo.

Posteriormente, se dedicó a observar las distintas flores multicolores, las olía y algunas las probaba, al tiempo, que anotaba sus impresiones en su amate. Pozotli, la zorra, atraída por el ruido se aproximó a él y conversaron:

—Mira que eres terco, muchacho —le dijo Pozotli—, te empeñas en escribir todo lo que descubres. ¿Acaso no te basta con saberlo tú? Ésas no son más que flores y ya.

—Algún día —le respondió Cóatl— vendrán mis hermanos, los hombres. Mi madre Coatlicue se decidirá a reunirnos tarde o temprano porque ésta tierra es muy grande para mí solo y debo estar preparado para ayudarlos. ¿Has visto cómo crecen las plantas al recibir la lluvia? Con un poco de paciencia y cuidados, se puede obtener semillas de ellas para alimentarnos o también podemos curar nuestras enfermedades.

—Las semillas no sirven para nada —molesta le gruñó Pozotli—, la carne es el mejor alimento. Las semillas sólo le sirven a los animales inferiores y pequeños. La carne fresca es deliciosa, ideberías probarla!

—En eso también estás equivocada —le aclaró serenamente Cóatl— la carne debe pasarse por el fuego para evitar enfermarnos del estómago, además, su sabor se vuelve mucho más agradable. Cuando tú matas a otro animal para alimentarte, deberías comértelo todo, pero como es demasiado para ti, lo dejas tirado por ahí en lugar de compartirlo. La carne que te sobra puede conservarse por más tiempo si le añades sal y la dejas expuesta al sol.

—Yo no tengo tiempo de hacer esas tonterías, prefiero descansar —Pozotli dio media vuelta y se marchó dejando pensativo a Cóatl. Nadie parecía interesarse por él.

¿Dónde estaban los demás hombres? A alguien debería servir todo lo aprendido.

La noche lo sorprendió durmiendo. Fue Ázcatl, la hormiga, quien interrumpió su sueño al caminar sobre su cara. Cóatl había abierto sus ojos y descubierto su extraña cara cercana a la suya, al momento que las antenas de Ázcatl movían ligeramente sus pestañas.

—¿Acaso no piensas comer, muchacho? —le dijo Ázcatl—. Llevas muchas horas durmiendo y necesitas comer para crecer cada día más. Vamos, no seas flojo, en mi hormiguero tengo algunas cosas que podrás probar y seguro te gustarán.

—No tengo apetito —soñoliento le respondió Cóatl—; estos días son para mí muy aburridos y en ocasiones no encuentro qué hacer, por eso prefiero dormir. Ya dibujé muchos lugares que he visto, y he escrito todo lo que pueda ser de utilidad para los demás, pero sigo sin saber para qué lo hago. En esta isla nunca llegarán otros hombres a los que les interese todo esto. Soy un tonto, debería divertirme más y jugar hasta caer cansado.

—Eso no te lo puedo responder, Cóatl —lo tranquilizó Ázcatl—; cada uno de nosotros tiene definidas sus tareas por realizar y no debes quejarte de las tuyas. Recuerda que todo sacrificio siempre tiene su recompensa y que cualquier situación por mala o buena que sea, siempre será pasajera. Anímate por mantenerte vivo y ven pronto a comer.

Ázcatl se alejó con rumbo a su hormiguero, mientras Cóatl levantó su vista al cielo. A lo lejos, Mixtli, la nube, en penumbras le sonrió tiernamente.

En algunas ocasiones, lo recordaba bien, cuando el calor lo sofocaba, Mixtli había provocado la lluvia para refrescarlo mientras Ehécatl, el dios del viento, le permitía estar en aquel lugar.

Otras veces, Mixtli se antepone a los rayos de Tonalli, el sol, para protegerlo de las quemaduras por exposición prolongada, mientras realizaba sus experimentos con las plantas. Ella lo quería bien y él lo sabía y se lo agradecía. Comprendía que para conservar el agua, debería cuidar ríos y lagos, otorgándole con esto la fuente de abastecimiento para que se cargara del líquido y la enviara de nuevo a tierra para el crecimiento y sustento de los seres vivos.

Cóatl levantó su mano para saludar a Mixtli. La luminosidad de Metz, la luna, le permitía verla con claridad aun cuando ya era de noche. Metz lo saludó también:

—¡Hola, chico! —le dijo— Hoy te veo diferente a días anteriores. ¿Puedo ayudarte en algo? Cuando dejas que la soledad te atrape puedes generar mucha tristeza a tu alrededor. Es mejor sonreír para asustar esos pensamientos.

—Estoy bien, Metz, gracias —le respondió Cóatl—; simplemente que en ocasiones, no veo claramente lo que quiero, no sé hacia dónde voy ni si lo que hago está bien. Tengo la impresión de que los días siempre son iguales y que nada cambiará para mí.

—Creo que te preocupas en vano, Cóatl —le aclaró Metz—; solamente procura hacer lo que te gusta y

siempre intenta hacerlo lo mejor posible; lo único que puede lastimarte realmente con el paso del tiempo, es aquello que debiste hacer y que dejaste pasar, por lo demás, todo está bien.

—¿Tú piensas que aquí estoy haciendo las cosas bien? —insistió Cóatl con lágrimas en los ojos—. ¿A quién le importa lo que hago? Da lo mismo si duermo o si muero. Nadie quiere ayudarme ni estar conmigo mucho tiempo. Esta vida es fea y aburrida.

—Una sola cosa a la vez, Cóatl —Metz tomó la palabra— Todo se aclarará a su debido tiempo, por lo pronto, intenta disfrutar lo que haces. Veme a mi, cada noche debo iluminar esta tierra para que la vida se desarrolle en armonía y lo disfruto a pesar de que pudiera parecer aburrido.

—Ten confianza en tí mismo —continuó Metz— que algún día, lo aprendido te será de mucha utilidad y te alegrarás de haber ocupado tu tiempo en ello. Nunca está por demás el conocimiento ni tampoco el trabajo que te mantiene ocupado.

—Gracias por tus palabras, Metz —Cóatl secó sus lágrimas con la mano—; tengo que irme porque Ázcatl me ha invitado a comer y no deseo hacerla esperar más. Adiós.

Después de alimentarse, Cóatl descansaba junto al fuego, recostado sobre un camastro hecho de hojas y ramas entretrejidas por él mismo, y cubierto con un ayate blanco de fibra de maguey, intentaba dormir.

Todo permanecía en silencio, cuando de pronto, una luz muy intensa lo asustó y lo obligó a retroceder a un rincón del recinto donde se encontraba.

—¿Qué pasa? —preguntó Coatl, su cuerpo temblaba y su corazón latía rápidamente por la imagen que le otorgaban sus ojos. Ahí, frente a él, apareció un hombre con un extraño atuendo, compuesto de pieles y plumas, y mirada sabia.

—No temas, Cóatl —le dijo el hombre con voz pausada, al tiempo que se aproximaba más hacia él—. Nadie querría dañar jamás a su hijo. He venido a tranquilizarte y a aliviar tu soledad, pequeño. Yo, Ometeotl, donde quiera que te encuentres, te estaré cuidando. Ha llegado el momento de que conozcas tu origen y tu objetivo en la vida. Tu destino será enseñar a los hombres vivir de la mejor manera posible, en el sitio donde he decidido radicar —prosiguió Ometeotl, mientras Cóatl no perdía de vista sus movimientos y prestaba excesiva atención a sus palabras— Todos tus conocimientos deberás transmitirlos a los hombres de Chicmostoc, lugar de las siete cuevas. Ellos vienen en camino desde el norte y tú serás su maestro máspreciado y respetado, encargado de hacer florecer a Tula, la nueva población, centro del universo. Nadie será más importante que tú y tu labor será agotante pero no debes temer por esto ya que al finalizar tu labor, podrás regresar a Tamoanchan, nuestra casa y descansar.

La imagen se iba desvaneciendo y un agradable calor recorrió el corazón de Cóatl, quien sin decir una sola palabra, comprendió que era el elegido. El encargado de mejorar todo a su alrededor: plantas, animales y minerales. Ahora sabía qué hacer.

Al llegar la mañana, Cóatl había crecido sin darse cuenta. Su cuerpo se había fortalecido y su pelo, del color del sol, caía sobre sus hombros. De un salto se arrojó a las azules aguas del manantial donde Michin, el pescado, le enseñó a nadar rápidamente y a respirar sin dificultad mientras se sumergía.

Luego, Mazatl, el venado, le enseñó a correr velozmente; Tuzan, la rata, a esconderse perfectamente para no ser visto; Ocelotl, el tigre, a atacar al enemigo y trepar a los árboles sigilosamente. En su recorrido, Coatl iba recopilando semillas, hierbas y plantas medicinales y comestibles como el Elotl, el Yauhtli y el Epazotl, también guardó en su vasija el trueno y el fuego para llevarlos consigo al partir, junto con sus amates escritos.

Por la tarde, Coatl ya se había despedido de todos aquellos amigos que habían decidido quedarse en Atzala, algunos otros partían con él en busca de los hombres. Parado sobre la colina, contemplaba la tierra donde había crecido y donde había sido tan feliz, toda ella brillaba en verdor y tranquilidad. Era una belleza.

Al levantar su vista, observó a Cuauhtli, el águila, volando sobre su cabeza y sin pensarlo un instante, se

lanzó al vacío para tratar de alcanzarlo. Cuauhtli lo tomó por los hombros y volaron unidos, al momento en que sus plumas iban creciendo y cubriendo el cuerpo de Cóatl, quien al sentirlo decidió soltarse de las garras de su amigo y planear hasta tocar el suelo. Ahora dominaba la tierra, el fuego, el aire y el agua. Ya estaba listo. Al ver su cuerpo con plumas, comprendió que había renacido. Era el tiempo de Quetzalcóatl, la serpiente emplumada.

LA BÚSQUEDA DEL HOMBRE

La isla de Atzala iba quedando atrás, las azules aguas del mar sostenían la pequeña embarcación que transportaba a Cóatl y sus amigos. Los elevados troncos de los verdes árboles que rodeaban la isla les decían adiós con el resto de los animales que se quedaban ahí.

Cóatl se elevó sobre la barca empleando sus nuevas alas. Se sentía feliz a pesar de abandonar su casa. Haciendo giros en el aire, rápidamente se dirigió hacia Mazatl, quien lo observaba pasivamente y antes de chocar con su cuerpo, se detuvo.

—Tranquilo, tranquilo, muchacho —comentó Mazatl sorprendido— ¿Acaso te has vuelto loco? Si no tienes cuidado puedes arrojarme al agua y puedo ahogarme. Y pensar que dejé mi confortable hogar por seguirte. ¿En qué estaría pensando?

—Nada te sucederá, Mazatl —le respondió Cóatl mientras no paraba de reír a carcajadas ante la expresión de terror generada en la cara de su amigo—. Debes tomarte la vida con más alegría, deberías ver el hermoso paisaje que se contempla desde allá arriba. ¡Todos parecen tan pequeños!

Mientras Cóatl hablaba, su inseparable amigo Mototli, la ardilla, pensaba:

¡Cómo ha cambiado Cóatl! Ha crecido en exceso y domina su cuerpo. Cuando quiere levantar en vuelo, sopla sobre sus manos y aparece su plumaje multicolor; cuando quiere sumergirse en agua, basta con mojar su piel; cuando quiere crear fuego, sólo requiere frotar sus dedos. Mi amigo es extraordinario.

—Tu amigo es un fanfarrón —irritado, comentó Chapulin, el saltamontes, quien se encontraba próximo a Mototli—. ¿Pensará que nadie es mejor que él? Me están cansando esas actitudes tan individualistas que a veces toma y se comporta como si desconociera la enorme responsabilidad que traemos a cuestas.

—Creo que no estamos aquí para dudar de él, Chapulin —intervino Mizton, el gato—. El muchacho requiere nuestra ayuda y nuestras habilidades para cumplir con su tarea. Cóatl confía en nosotros para encontrar a los hombres de Chicomostoc y yo estoy seguro de que lo logrará porque está decidido.

Después de un tiempo de navegar, Cóatl y sus compañeros avistaron las arenas blancas en tierra firme.



Cientos de Aztatin, las garzas, se amontonaban en las playas en busca de su comida, mientras que las delgadas Ixhuatin, palmeras cocoteras, se mecían lentamente frente al viento fresco. Decidieron darle el nombre de Xalisco.

Al tocar tierra, de inmediato se agruparon para iniciar la marcha en busca de los hombres que venían del norte. Cuauhtli desde las alturas les indicaba el camino más propicio para avanzar. Después de unas horas de recorrido, se adentraron en el denso bosque que apareció ante ellos; los árboles impedían el paso a los rayos de Tannalli por lo que la luz se mostraba escasa.

En cierto paraje, decidieron detenerse a descansar sin reparar en la presencia de Cuetlach, el feroz lobo, quien al percatarse de la distracción de Cóatl, se abalanzó sobre él, derribándolo. Velozmente, Ocelotl se incorporó para auxiliarlo, consiguiendo detener el ataque pero algo extraordinario sucedía cerca del cuerpo de Cóatl que paralizó a todos los presentes.

Gruesas gotas de sangre emanaban de una herida en el hombro del muchacho, las cuales iban a parar al suelo mientras él buscaba ponerse en pie. La mancha de sangre fue aumentando en tamaño y en volumen hasta generar una imagen similar al cuerpo de Cóatl y que lentamente fue adquiriendo sus facciones tal si se reflejara en un espejo. La naturaleza lo había premiado con el más fiel amigo.

—Hola —le dijo su imagen sonriendo—, yo soy Xolotl, tu hermano gemelo. Me han enviado para ayudarte en tu labor y para que nunca vuelvas a sentirte solo. Puedes apoyarte y confiar en mí porque un hermano nunca te fallará. ¿Puedo darte un abrazo? Llevo mucho tiempo esperando poder hacerlo.

Cóatl no lo pensó más y efusivamente abrazó a Xolotl, mientras que Cuetlach huía despavorido ante lo que había visto. Era momento de continuar la marcha.

La noche los sorprendió en aquel desconocido lugar, después de caminar durante todo el día; el singular grupo se disponía a dormir en el sitio elegido. Mototli, quien se encontraba hambriento, se aproximó a Cóatl diciéndole:

—Muero de hambre, ¿podríamos buscar algo de comida en este lugar?

—Lo lamento mucho, Mototli —le dijo Coatl—, yo también deseo llevarme algún bocado a la boca pero no contamos con ninguna clase de alimento y desconozco las plantas y frutas de este sitio. Debemos aguantar un poco hasta que amanezca.

Tuzan, desesperado, rumiaba una planta que le resultó de aroma agradable cuando Xolotl lo descubrió e intrigado se aproximó a él para indagar sobre su alimento.

—¿Qué es lo que comes, Tuzan? —le dijo—; las instrucciones de Cóatl fueron esperar hasta el amanecer. Déjame ver lo que comes.

Xolotl tomó la planta de donde estrajo unas semillas blancas, lisas, brillantes y ligeramente aplanadas y al probarlas se sorprendió ante su agradable sabor.

—Cóatl, ven a probar esto —Xolotl se dirigió a su hermano—; creo que es comestible. Quizás podamos cocerlo y preparar un delicioso tzoalli (atole) o tlaxcaltin (tortillas).

—Esta planta es muy nutritiva —comentó Cóatl al probar las semillas—, la llamaremos Huauhtli. Recolectemos la mayor cantidad posible para llevarla con nosotros al partir. Pueden comer de esto con confianza para recuperar sus energías.

A la mañana siguiente, Cuauhtli trajo consigo otro alimento más que compartió gustoso con sus compañeros. Se trataba de insectos de color negro y sabor dulce a los que les dieron el nombre de Xumilli. Encontraron miles de ellos en los alrededores y los recolectaron como víveres para el resto del viaje.

Con la ayuda de todos, se fueron adentrando en las tierras del norte, rodearon enormes montañas, cruzaron caudalosos ríos, salvaron anegados pantanos, calurosos desiertos los envolvieron, lluvias torrenciales los acosaron sin conseguir hacerlos claudicar. Trabajando como un real equipo emplearon todas sus habilidades para vencer los contratiempos hasta que cierto día, Ometeotl les anunció:

—Ha concluido su recorrido —les dijo—; el momento de entrevistarse con los hombres de Chicomostoc ha

llegado. Lo han hecho muy bien y debo felicitarlos. Ahora deberás preparar tu cuerpo y tu mente empleando el temazcalli. Xolotl te ayudará.

Todo estaba preparado. Las piedras al rojo vivo se mantenían en la hoguera, el cuerpo de Cóatl había sido decorado con Xochipall, la hierba tintórea sagrada, la mezcla de esencias de flores y hierbas medicinales llenaban el lugar de agradables aromas, el recinto circular de la purificación se había construido en barro y aguardaba.

Cóatl, desnudo y de rodillas frente a sus compañeros ingresó en el temascalli. La oscuridad y el silencio total lo rodearon. Un sudor intenso por la presencia de las piedras incandescentes en el centro del nicho. El agua chisporroteaba al entrar en contacto con las piedras. Sus latidos retumbaban en su cabeza mientras su piel se impregnaba de las esencias.

—Ometeotl, escúchame —susurró Coatl—, quiero ser mejor. Purifícame y dame lo que necesito. Madre tierra, acoge mi cuerpo y fortalece mi alma. Permite que la sabiduría, la lealtad y el amor me acompañen siempre. Hazme útil y servicial.

Xolotl, quien permanecía sentado en un extremo, continuaba arrojando las aguas con esencias contra el fuego. Sorprendido, veía como su hermano resplandecía en la oscuridad mientras las imágenes de la ira, la avaricia, el poder, la pereza, la envidia y el ocio se desprendían de su cuerpo lentamente y eran absorbidas por el suelo. Dentro del temascalli la oscuridad había de-

saparecido para dar lugar al resplandor de Quetzalcóatl, quien levantó su cara, abrió los ojos y le sonrió a su hermano. El calor también se había marchado y reinaba la frescura y la paz.

Al salir, sus amigos lo recibieron llenos de alegría. En lo alto de la montaña se podía distinguir el horizonte, Cóatl se aproximó al risco y levantó sus brazos al cielo. Ya no tenía miedo. El ayate que lo arropaba había absorbido el sudor desprendido en el temascalli. Sus pasos se dirigieron hacia el río que formaba una hermosa cascada al romperse en el vacío y se introdujo en sus frías aguas.

Xolotl lo acompañaba a cierta distancia. Cóatl se dejó caer perdiéndose momentáneamente en el líquido cristalino para después salir a la superficie quedarse sentado sobre una roca. Sentía frío pero no quería abandonar la sensación de la corriente del río sobre su espalda, intentó poner su mente en blanco y descansar.

Las horas transcurrían sin que se alterara aquella quietud, hasta que Xolotl preguntó:

—¿Conoces a los hombres? Yo nunca he visto alguno y te confieso que me da temor.

—No deben ser muy distintos a nosotros —le contestó Cóatl, mientras salía del agua, se secaba y vestía sus ropas limpias— la confianza debe existir aún cuando esta se rompa. Es la tolerancia en la que caminaremos para encontrar el tesoro que cada uno llevamos dentro. Los hombres sabrán que venimos a ayudarlos y llegarán a apreciarnos, tanto como nosotros a ellos.

—Cuando hablas así siento una gran tranquilidad —volvió a intervenir Xolotl— siempre me ha inquietado el mañana por desconocer lo que ocurrirá pero al estar junto a ti me he dado cuenta que este puede ser esplendoroso si lo construyo desde ahora.

—No debes temerle a nada, hermano —comentó Cóatl— lo que tienes es lo que es y lo que vale, aprende a disfrutarlo porque dura sólo un parpadeo, al dar la vuelta te vas renovando y tu alrededor adaptándose al movimiento constante de la vida.

A lo lejos, en el camino, observaron el desplazamiento de los hombres. Era un grupo numeroso dirigido por Mixcoatl. Su destino estaba por cumplirse, la elevación del hombre hasta donde su pensamiento se lo permita en la ciudad del centro de la tierra.

Amanece

TERCER LUGAR

GUILLERMO LICONA HERNÁNDEZ

(ARQUITECTURA, CYAD)

AMANECE

*Contaré con tus manos sólo cuando
purifique la piel de los reposos,
así comenzaré a andar
sin la ropa de mi vida...*

Nadie en casa, usted está solo, totalmente solo, necesita ver a alguien, algo que no sean estos muebles que no dicen nada y perforan más el vacío. Lluvia afuera, agua que se desliza por los cristales como angustia, tristeza que se estrella a propósito.

Su casa es un buen refugio, y sin embargo no se siente tranquilo, está solo, con dependencias, con insomnio. Mira con asombro las pocas fotografías que siempre han estado ahí, tan nuevas, tan deformes, como sus ojos que todavía soportan una noche de tres que no caen, no son imágenes débiles todavía, hay temblores y rencores a una vida sin descanso, promete ser una noche larga.

Toma usted el control del aparato que tal vez lo comunique con el exterior, pero no, le aburre saber de la misma programación de todos los días y nunca llega una relación interna y su monólogo despierta el tedio y fastidio. "Un vaso de leche", es posible, dirige sus pasos hacia la cocina-refrigerador-envase-líquido blanco, líquido como el color de un sueño y se lo bebe...

No pasa nada. Tal vez la leche tan fría lo refrescó, se desilusiona, ningún caso por la estufa.

Un libro, se sienta en la parte más cómoda de la sala que no siempre puede ser un sofá, y lee, y mentaliza y se reserva los derechos, el protagonista es usted... Ninguna consecuencia, el libro en el suelo.

Toma un baño, agua caliente, músculos que pierden su rigidez, se ablandan hacia el esperado descanso, sale como deseaba salir del baño y si más, toalla fuera, cuerpo dentro de la cama, comienza... inicia... poder del sueño, inicia ciclo nervioso...

De repente un ruido, usted abre los ojos, abre lo que imaginó que cerraba, voltea de inmediato hacia la parte baja de la casa, un nuevo ruido, el segundo aviso necesario para revisar, ¿qué tiene usted en la mano?

Lo sostiene, por lo menos pude representar algún signo de futuro daño personal, armado baja, obscuridad total, reloj veinte minutos más que antes, hacia un lado, nada, el otro, asoma el filo del gancho que amenaza, avanza, camina, el comedor, nada, es el patio trasero, toma una escoba, cambia su arma por una más letal, es pesadilla, es gigantesco, es veloz y ya escuchó un tercer ruido en la parte de arriba, camina, un trueno, sube escalones, siente soplo frío, nadie en casa, la nuca expuesta al sudor que le rodea el cuerpo y ahí está usted, en su único refugio rentable y de pocos ambientes, la alfombra silencia sus pasos, una ventaja, ventana, despertador 4:35, llueve, toma con cuidado la llave, una

vuelta abre de golpe y sale rápidamente la parte que no esperaba encontrar y entre esas camisas, nada.

Ruido por el baño, “¿se habrá escapado?” Usted corre hacia él, apunta su arma tan segura y sin ningún filo, abre el cancel, regadera, tina, nada.

Ruidos, ruidos.

Corre hacia ningún cuarto, ruidos, y por fin algo diferente, algo de metal còrtando un posible cartucho de angustia, de miedo. Usted ahora es un ser con ojos llorosos, sudando frío, más frío que antes extrañando nostalgias con la vida tan rápida desde su nacer y ¿dónde está ahora? ¿Es su casa hogar y refugio?

¿O no?

Usted corre rápidamente escaleras abajo, un teléfono, es momento de llamar a la policía, es necesario que se haga cargo, se lo suplica, la operadora por la otra línea pide dirección, nombre, todo lo que necesita se va por sus palabras y la operadora molesta le grita que si nuevamente —como ya lo ha hecho usted tantas veces— llama para emitir falsas alarmas se meterá en un lío.

Le viene a la mente que el método de la llamada polociaca lo ha usado, recuerda que nunca hay nada, recuerda que no les debe hacer perder su tiempo, usted llora, se agacha, se hinca, el ruido persiste, usted deshecho abre la ventana, sale, llueve, mira la casa, sabe que hay alguien, algo.

No aparta la vista de su propiedad, amanece...

ÍNDICE

PRÓLOGO	5
VICENTE FRANCISCO TORRES	
POESÍA	
<i>Física General. Cinco casos de estudio</i>	11
ADOLFO VERGARA TRUJILLO	
CUENTO	
<i>El señor Espanto</i>	25
ADOLFO VERGARA TRUJILLO	
<i>La leyenda de Quetzalcoatl</i>	39
JUAN ORLANDO PINEDA MARTÍNEZ	
<i>Amanece</i>	57
GUILLERMO LICONA HERNÁNDEZ	

EL PRINCIPIO DE ESCRIBIR

Tercer concurso de poesía, cuento e historieta, UAM Azcapotzalco se terminó de imprimir en el mes de octubre del 2002, en los talleres de AGES, en la Ciudad de México. Se utilizaron los tipos Zapf Calligraphic. Los interiores están impresos en papel lino Regalía de 90 grs. y la portada en Phoenix imperial de 250 grs. Se tiraron 500 ejemplares. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Silvia Guzmán Bofill.



EMPEZAR POR EL PRINCIPIO

